

de agua; queriendo, segun decia, agujonear con esto á los soldados: así es que quejándose mucho, y haciéndole presente que tenían sed, les dijo, señalándoles con la mano un rio que corria al lado del valladar de los bárbaros, que allí tenían bebida que se compraba á precio de sangre. ¿Pues por qué le respondieron no nos guias ahora mismo contra ellos mientras tenemos la sangre fresca? y él con voz blanda les contestó, antes tenemos que fortificar el campamento.

Obedecieron, aunque de mala gana, los soldados; pero la muchedumbre de los bagajeros y asistentes no teniendo que beber para sí, ni para las acémilas, bajaron en gran número al río, llevando unos azuelas, otros segures, y algunos espadas y lanzas, juntamente con los cántaros, pensando que no podrian tomar agua en paz. Resistieronles al principio pocos de los enemigos, á causa de que la mayor parte estaban comiendo despues del baño, y otros se bañaban, porque nacen allí copiosos raudales de agua caliente; y los Romanos sorprendieron á bastante número de los bárbaros, que reunidos celebraban con placer y admiracion las delicias de aquel sitio. Acudian muchos á los gritos: pues por una parte le era repugnante á Mario contener á los soldados que temian por sus domésticos; y por otra la gente mas belicosa de los enemigos, por quienes antes habian sido vencidos los Romanos con Manlio y Cepion (llamáronse estos Ambrones; y ellos solos pasaban del número de treinta mil), excitados tambien con el alboroto corrian á las armas; si pesados en los cuerpos por la hartura, ligeros en el ánimo, y acalorados con el vino. Ni su correr era desordenado como el de unos furiosos, ó su gritería desconcertada, sino que manejando las armas con cierto compas, y llevando una marcha igual, todos á un tiempo repetian muchas veces el nombre con que eran conocidos, gritando los *Ambrones*; ó para llamarse por este medio unos á otros, ó para infundir terror con aquella voz á sus enemigos. De los Italianos los primeros que bajaron contra ellos fueron los Ligures, los cuales luego que oyeron y percibieron aquel grito, exclamaron que aquel era su nombre patrio; porque á causa de su origen se llamaban Ambrones á sí mismos los Ligures. Resonaba pues alterna-

do un mismo grito antes de venir á las manos, y los caudillos de una y otra parte lo repetian con esfuerzo, yendo á porfia en quien habia de levantar mas la voz; con lo que aquella gritería avivó y acaloró mas la ira. A los Ambrones los desunió el rio, porque no se dieron prisa á pasar y formarse; cayendo los Ligures sobre los primeros con grande ímpetu, ya estaba trabada la batalla. Como acudiesen los Romanos en auxilio de los Ligures, corriendo de la parte superior contra los bárbaros, fueron éstos forzados á ceder, y muchos impelidos hácia el rio se herian en el desorden unos á otros, llenando su corriente de sangre y de cadáveres. A los que lograron volver á pasar, como no se atreviesen á hacer frente, les dieron muerte los Romanos en la fuga, que continuaron hasta su propio campamento y su bagaje. Allí las mujeres saliéndoles al encuentro con espadas y segures, y dando espantosos y animados gritos, herian indistintamente á los fugitivos y á sus perseguidores, como traidores á los primeros, y á los otros como enemigos, metiéndose entre los que peleaban, asiendo con la mano desnuda los escudos de los Romanos, cogiéndoles las espadas, y sufriendo sus heridas y golpes sin soltar los escudos hasta muertas. Así esta batalla del rio, segun las relaciones, mas se verificó por casualidad que no por disposicion del general.

Despues que los Romanos hubieron dado muerte de esta manera á un número crecido de los Ambrones, sobreviniendo la noche se retiraron; pero á esta retirada no se siguieron los cantos de victoria que á tan señalados triunfos acompañan, ni convites en las tiendas, ni regocijos en los banquetes, ni tampoco lo que es mas dulce á los soldados despues de haber peleado con suerte próspera, un sueño sosegado y plácido; sino que aquella noche la pasaron en la mayor inquietud y sobresalto, porque tenían el campamento sin valladar y sin fortificacion alguna, quedando de los bárbaros muchos millares de hombres todavia intactos; y de los Ambrones cuantos se habian salvado se habian reunido con estos: así por la noche se sentia un bullicio en nada parecido á los lamentos ó á los sollozos; sino que mas bien un aullido feroz y un crujir de dientes mezclado con ame-



nazas y lloros enviado por tan inmensas gentes, resonaba por todos los montes de alrededor y por los concavidades del rio. Apoderóse pues de todo el contorno un eco espantoso; de los Romanos el miedo; y aun del mismo Mario cierta inquietud y asombro por temer todo el desórden y la confusion de una batalla nocturna. Con todo ni acometieron en aquella noche, ni en el dia siguiente, sino que pasaron el tiempo en ordenarse y prevenirse. En tanto Mario, como hubiese sobre el campo de los bárbaros algunos valles angostos y algunos barrancos poblados de encinas, mandó allá á Claudio Marcelo con tres mil infantes, dándole órden de que se pusiese en celada, y sobrecogiese á los enemigos, por la espalda. A los demas, despues de haber tomado el alimento y sueño conveniente, los formó al mismo amanecer colocándolos delante del campamento, y enviando la caballeria á recorrer el terreno. Luego que los Teutones los vieron, no tuvieron paciencia para aguardar á que bajando los Romanos pudieran pelear en terreno igual; sino que armados apriesa en el furor de la ira, se arrojaron al collado. Mario enviando sus ayudas de campo por una y otra ala, les prevenia que se mantuvieran firmes é inmobiles; y que cuando ya estuvieran al alcance, les arrojaran dardos, y despues usaran de las espadas, impeliendo con los escudos á los que viniesen de frente, porque siendo para ellos el terreno poco seguro, ni sus golpes tendrían fuerza, ni podrian protegerse con sus broqueles, puesto que la desigualdad del suelo les quitaria toda firmeza y consistencia. Cuando así exhortaba, él era el primero en obrar, porque ninguno tenia un cuerpo mas ejercitado, y á todos hacia gran ventaja en el valor.

Quando ya los Romanos se decidieron á hacerles frente, y cargando sobre ellos, los rechazaban en el acto de subir, desordenados algun tanto, se dirigian á lo llano, y los primeros empezaban á tomar formacion en él; pero á este tiempo sobrevino griteria y desórden en los últimos, porque Marcelo estuvo atento á aprovechar la oportunidad, y luego que el rumor se sintió en las alturas, inflamando á los que tenia á sus órdenes, cargó por la espalda, causando en los últimos gran destrozo; y estos, impeliendo á los que tenian

delante, en breve llenaron de turbacion todo el ejército: ni sufrieron tampoco por mucho tiempo el ser heridos por dos partes, sino que dieron á huir en completo desórden. Siguiéronles los Romanos el alcance, y á doscientos mil de ellos ó los cautivaron, ó les dieron muerte; y apoderándose de tiendas, de carros y de otros despojos, cuanto no fue saqueado, decretaron quedase en beneficio de Mario; y con haberle cedido un presente tan rico, no se creyó que se le habia dado una cosa correspondiente á su mérito en aquel mando por lo extraordinario del peligro. Algunos hay que no convienen en la cesion del botin, ni en la muchedumbre de los que perecieron. De los de Marsella se cuenta que con los huesos cercaron sus viñas, y que la tierra con los cadáveres que allí cayeron, y con las copiosas lluvias del invierno, se abonó en tales términos, penetrando hasta muy adentro la podredumbre, que rindió una pingüe cosecha, haciendo cierto el dicho de Arquiloco, de que con tal abono se fertilizan los campos. No sin causa á los grandes batallas se siguen, en opinion de algunos, abundantes lluvias, ya sea porque algun genio tome por su cuenta lavar y purificar la tierra con agua limpia del cielo, ó ya porque la mortandad y la podredumbre levanten vapores húmedos y pesados que alteren el aire, fácil á recibir grandes mutaciones de pequeños principios.

Despues de la batalla eligió Mario entre las armas y despojos de los bárbaros de cada especie lo mas elegante, y que pudiera presentar mas brillante aspecto en el triunfo; y amontonando todo lo demas sobre una hoguera, se preparó á hacer un magnifico sacrificio. Estaba todo el ejército coronado y puesto sobre las armas; y el cónsul, ceñido como es de costumbre, se adornó de púrpura; tomó una antorcha encendida, y levantándola con entrambas manos al cielo iba á aplicarla á la hoguera. Mas á este tiempo se vió repentinamente, que unos amigos venian á caballo corriendo hacia él, lo que produjo en todos gran silencio y expectacion. Quando ya estuvieron á su lado echaron pie á tierra, y tomando á Mario la diestra, le anunciaron con parabienes el quinto consulado entregándole cartas en esta razon. Acrecentóse con esto el



regocijo de los cánticos de victoria, y aclamando el ejército lleno de gozo con cierto ruido compasado de las armas, volvieron los gefes á poner sobre la frente de Mario una corona de laurel, y este encendió la hoguera y perfeccionó el sacrificio.

Mas ó la fortuna, ó el genio del mal, ó la naturaleza misma de las cosas, que no consiente que aun en las mayores prosperidades haya un gozo puro y sin mezela, sino que parece complacerse en traer agitada la vida de los hombres con la continua alternativa de bienes y de males, afligió á pocos dias á Mario con malas nuevas de su colega Cátulo, las que, como nube que sobrecogé en medio de la serenidad y bonanza, hacian correr á Roma nuevos peligros y tormentas. Contrapuesto Cátulo á los Cimbros, desconfió de poder guardar las alturas de los Alpes, porque tendria que debilitarse, habiendo de desmembrar su tropa en muchas divisiones. Bajando pues sin detenerse hácia la Italia, y poniendo ante sí al rio Atison, lo fortificó con fuertes trincheras por una y otra orilla, echando puente en medio, para dar auxilio á los de la otra parte, si los bárbaros, venciendo las gargantas, los obligaban á encerrarse en sus fortificaciones. Pero á estos los animaba tal altanería y arrojo contra sus enemigos, que por solo dar muestras de su pujanza y atrevimiento, mas bien que porque condese á nada, cuando nevaba se presentaban desnudos, y por los hielos y los balagueros profundos de nieve trepaban á las cumbres; desde cuya altura, poniendo el cuerpo sobre unos escudos llanos, se deslizaban por entre peñascos que tenian enormes vacíos y profundidades. Como luego que acamaron cerca y examinaron el paso del rio se propusiesen cegar el puente, y desgarrando los collados de alrededor, como otros gigantes arrastrasen al rio árboles arrancados de cuajo, grandes peñascales y montes de tierra, con los que cortaban la corriente; y contra los pies derechos en que se sostenia el puente arrojasen pesadas moles, que se amontonaban tambien en el rio, y con el golpe conmovian el puente, poseidos del miedo los mas de los soldados, abandonaron el principal campamento, y se retiraron. Mostróse tal Cátulo en esta ocasion, cual conviene

que sea el perfecto y consumado general, que debe anteponer á su gloria propia la de sus ciudadanos; pues luego que vió que con la persuasion no podia contener á los soldados, y que estos, sobrecogidos, se apresuraban á marchar, mandando levantar el águila, se dirigió corriendo á ponerse al frente de los que estaban en marcha para ser el primero que guiase, queriendo que la vergüenza recayese sobre él y no sobre la patria, y que pareciese no que huian los soldados, sino que se retiraban siguiendo á su caudillo. Los bárbaros entonces, acometiendo á la fortaleza del otro lado del rio la tomaron, y á los Romanos que la defendian hombres esforzados, y que se hicieron admirar por el valor digno de la patria con que pelearon, los dejaron ir libres bajo palabra de honor, jurando por *el toro de bronce*; el cual, tomado despues en batalla, dicen haber sido llevado á casa de Cátulo, como primicia de la victoria. Hallándose con esto el pais destituido de toda defensa, le talaban en partidas.

Fue á este tiempo Mario llamado á la ciudad; y pasando á ella, todos creian que triunfaria; lo que el Senado decretó con la mejor voluntad; pero él no lo tuvo á bien, ó por no querer privar á sus soldados y cooperadores de aquel honor, ó por dar aliento en las cosas presentes, cediendo á la fortuna de Roma la gloria de su primer vencimiento, para que esta apareciera mas brillante en el segundo. Por tanto con haber hecho presente lo que el caso pedia, marchó en busca de Cátulo; inspiróle confianza y hizo venir de la Galia sus propios soldados. Llegados que fueron, pasó el Po, y se propuso arrojar á los bárbaros que se hallaban dentro de la Italia; pero estos hacian para diferir la batalla, con ocasion de esperar á los Teutones, admirándose de su tardanza: ó porque realmente ignoraban su derrota, ó porque aparentasen que no la creian: así es que á los que se le anunciaron los trataron cruelmente, y enviaron mensajeros á Mario á pedirle tierra y ciudades suficientes para sí y para sus hermanos. Preguntóles Mario por los hermanos, y habiendo nombrado á los Teutones, todos los demas se echaron á reir; pero Mario les dijo por mofa: Dejaos ahora de vuestros hermanos, que ellos ya tienen tierra, y la tendrán para siem-



pre, habiéndosela dado nosotros. Los embajadores entonces conociendo la ironía, se le burlaron tambien, diciéndole que ya llevaría su merecido, de los Cimbro inmediatamente, y de los Teutones cuando viniesen. Pues estan presentes, contestó Mario, y no sería razon partieseis de aquí sin haber saludado á vuestros hermanos; y al decir esto mandó que trajesen atados á los Reyes de los Teutones, porque en la fuga habian sido tomados cautivos en los Alpes por los S. cuanos.

Apenas se dió cuenta á los Cimbro del mensaje cuando al punto marcharon contra Mario, que sosegadamente atendia á la defensa de su campo. Para esta batalla dicen que fue para la que Mario hizo aquella novedad de los astiles de las picas; porque antes la parte de la madera que entraba en el hierro, estaba asegurada con dos puntas asimismo de hierro; y entonces Mario, dejando la una como estaba, en lugar de la otra puso una estaquilla de madera fácil de romperse, proporcionando así que al dar el astil en el escudo del enemigo, no quedase recto, sino que rompiéndose la estaquilla se doblase, y la pica permaneciese clavada, por el mismo hecho de haberse encorvado la punta. Boyorix pues, Rey de los Cimbro, marchó á caballo con poca comitiva al campamento, y provocaba á Mario á que señalando día y lugar se presentara á combatir por el territorio; y este le respondió que sin embargo de que no solían los Romanos tomar para la batalla consejo de sus enemigos, en gracia de los Cimbro en cuanto á día señalaba el tercero despues de aquel; y en cuanto á lugar la comarca y llanura de Vercelis, donde podría obrar la caballería romana y desplegar cómodamente la muchedumbre de ellos; y guardando fielmente el tiempo convenido, formaron al frente uno de otros. Tenia Cátulo veinte mil y trescientos hombres, y siendo los de Mario treinta y dos mil, cogieron en medio á los de Cátulo, distribuidos en las dos alas, segun lo refiere Sila, que se encontró en aquella batalla. Dice que Mario, esperando cargar al ejército enemigo, principalmente por los extremos y por las alas, para que la victoria fuese propia de sus soldados, no teniendo parte Cátulo en el combate, ni viniendo á las ma-

nos con los enemigos por cuanto los de en medio formarian seno, como ordinariamente sucede en los frentes muy extendidos; con esta mira distribuyó de aquella manera las fuerzas. Tambien se refiere que por el mismo estilo se defendió Cátulo sobre este punto, culpando mucho la mala intencion de Mario contra él. La infantería de los Cimbro marchaba desde el campamento con gran reposo, siendo su fondo igual al frente; porque cada uno de los lados de la batalla ocupaba treinta estadios. Los de caballería, que eran unos quince mil hombres, se presentaron brillantes, con morriones que representaban las bocas y rostros de las más terribles fieras, y encima, á fin de parecer mayores, penachos y plumajes, y con corazas de hierro y con escudos blancos que relumbraban. Sus armas arrojadizas eran dardos de dos puntas, y para de cerca usaban de espadas largas y pesadas.

No acometieron entonces de frente á los romanos, sino que marcharon inclinándose sobre la derecha de estos para envolverlos entre ellos mismos, y la parte de su infantería colocada á la izquierda; y aunque los generales Romanos conocieron el intento, no tuvieron tiempo para contener á los soldados, pues habiendo gritado uno que los enemigos huyan, todos se arrojaron á perseguirlos. En tanto la infantería de los bárbaros acometia tambien como si un piélago inmenso se moviese. Mario entonces, levantando las manos y alzándolas al cielo, hizo plegarias á los Dioses con el voto de una hecatombe: oró tambien Cátulo, levantando igualmente las manos, y ofreciendo consagrarse la fortuna de aquel día. Dícese que sacrificando Mario como se le pusiesen delante las víctimas, exclamó con una gran voz, diciendo: Mia es la victoria; y Sila ademas refiere, que al dar la acometida como por venganza divina, le sucedió á Mario lo contrario de lo que habia ideado; porque habiéndose levantado, como era natural, infinito polvo, que encubrió los ejércitos, como este hubiese dispuesto de su propia fuerza en el momento que se decidió á perseguir á los enemigos, no encontró en la oscuridad con ellos, sino que se fué lejos de su hueste, andando largo tiempo por la llanura; y en tanto los enemigos dieron casualmente con Cátulo, siendo lo más recio del combate



contra este y contra sus soldados, entre los que estaba formado el mismo Sila; quien añade que pelearon en favor de los Romanos el calor y el sol, que daba en los ojos á los Cim-bros. Porque siendo fuertes para sufrir la intemperie, criados, segun hemos dicho, en lugares tenebrosos y frios, se sofocaban con el calor; y cubiertos de sudor, fuera de aliento se ponian los escudos delante del rostro, mayormente dándose esta batalla despues del solsticio del verano, cuya fiesta se celebra en Roma tres dias antes de empezar el mes que ahora dicen agosto, y entonces sextil. Tambien el polvo contribuyó á aumentar en los Romanos el arrojo, por cuanto ocultándoles los enemigos, no veian su excesivo número, sino que corriendo cada uno contre los que tropezaban, así lidiaban con ellos, sin haber concebido antes temor con su vista. Y estaban tan metidos en fatiga y tan hechos á ella, que nadie vió á ninguno de los Romanos ni sudar ni con sobrealiento, con haberse sostenido este combate en medio del mayor ardor del verano, y á costa de un continuo correr, como dicen haberlo escrito el mismo Cátulo celebrando á sus soldados.

Pereció allí la mayor y mas esforzada parte de los enemigos; porque para no desordenarse en la formacion, los primeros de línea estaban enlazados los unos á otros con largas cadenas prendidas á los ceñidos. Los que perseguidos se retiraban hácia su campo, todavía encontraban peor suerte; porque las mujeres puestas en negro sobre los carros daban la muerte á los que así huían. Unas á sus maridos, otras á sus hermanos, otras á sus padres; y de sus hijos, á los niños pequeños ahogándolos con sus propias manos los arrojaban debajo de las ruedas y de los pies de las bestias, y despues se quitaban ellas la vida. Cuenta-se de una que habiéndose ahorcado del timon de un carro, tenía á sus hijos colgados de sus pies con cordeles á uno y otro lado. Los hombres á falta de árboles se ahorcaban de las astas de los bueyes; y otros poniendo atado el cuello á las patas de estos, despues los picaban con agujijones, para que echando á andar los arrastrasen y pisasen. Y con todo de quitarse tan espantosamente la vida, aun cautivaron los Romanos á sesenta mil,

habiendo sido otros tantos, segun se dice, los que murieron. El bagaje le saquearon los soldados de Mario; pero los despojos, las insignias y las trompetas se dice que fueron llevados al campamento de Cátulo, que era el mas fuerte argumento de que este se valia para probar que habia sido suya la victoria. Como la contienda pasase hasta los soldados, fueron tomados por árbitros los embajadores de Parma que se hallaban presentes; y los de Cátulo los llevaban por entre los enemigos muertos, haciéndoles ver que habian sido traspasados con sus picas, que eran conocidas por las letras con que en el astil tenian grabado el nombre de Cátulo. Sin embargo la primera victoria y el primer lugar en el mando dicen bien á las claras que todo fue obra de Mario. Así los mas le apellidaban tercer fundador de Roma, por no haber sido este peligro, vencido ahora, inferior en nada al de los Galos; y sacrificando en sus casas con sus mujeres y sus hijos, ofrecian las primicias del banquete y de la libacion á los Dioses y Mario á un mismo tiempo, juzgando que á él solo debian decretarse uno y otro triunfo. Mas no triunfó de esta manera, sino juntamente con Cátulo, queriendo mostrarse moderado en tanta prosperidad; aunque pudo tambien ser miedo á los soldados que se hallaban formados, con ánimo, si Cátulo era privado de este honor, de no permitir que aquel tampoco triunfase.

Obtuvo pues el quinto consulado, y aspiró al sexto como nadie antes de él: y en todo se dio á la muchedumbre, queriendo parecer blando y popular, no solo fuera de la gravedad y del decoro propio de aquella magistratura, sino muy fuera tambien de su carácter poco acomodado para ello. Era pues, segun se dice, muy resolutivo por su misma ambicion en las cosas de gobierno, quando se manifestaban agitaciones populares; y aquella imperturbabilidad y firmeza en las batallas le abandonaban en las juntas públicas, saliendo fuera de sí con cualquiera albanza ó reprension. Con todo se refiere que habiendo peleado en la guerra con el mayor valor unos mil Camerinos, les concedió el derecho de ciudadanos; y como esto pareciese contra la ley, y aun algunos se lo objetasen, respondió que con el ruido de las armas no habia



podido oír la ley. Mas lo que parece le acobardaba é intimidaba sobre todo era la gritería en las juntas. Ello es que en las armas llegó á gran poder y dignidad, porque le habian menester; pero en las cosas de gobierno, no teniendo calidades para sobresalir, se acogió á la gracia y al favor de la muchedumbre, haciendo poca cuenta de ser bueno, como fuese grande. Estaba por tanto mal con todos los principales; pero temia mas especialmente á Metelo con quien habia sido ingrato, porque naturalmente era hombre que tenia declarada guerra á los que contra lo recto y bueno condescendian con la muchedumbre, y gobernaban á su placer: así espíaba el modo de echarle de la ciudad. Para esto procuró hacer suyos á Glauquias y Saturnino, hombres audacísimos, que tenian á su disposicion toda la gente pobre y revoltosa, y de ellos se valia para publicar leyes. Acrecentó tambien el influjo de la gente de guerra, haciendo que intervinieran en las juntas públicas, y formando con ella partido contra Metelo; y aun segun refiere Rutilio, hombre en lo demas de probidad y de verdad, pero particularmente desafecto á Mario, para alcanzar este sexto consulado derramó mucho dinero en las curias, comprándolas á precio de él, á fin de que fuera excluido Metelo, y de que se le diera á Valerio Flaco, mas bien por dependiente que por colega en el consulado. Y antes de él á ninguno otro, fuera de Valerio Corvino, decretó el pueblo otros tantos comendados; pero respecto de aquel, desde el primero hasta el último se pasaron treinta y cinco años; y á Mario despues del primero, por los otros cinco le llevó corriendo su extraordinaria fortuna.

Por el último principalmente era ya mal visto, á causa de las malas condescendencias que tenia con Saturnino; de las cuales fue una la muerte de Nonio á quien la dió Saturnino, porque era su competidor en el tribunado de la plebe. Despues de creado tribuno introdujo la ley de division de terrenos, en la que pasó como uno de los artículos que el Senado habia de presentarse á jurar, que guardaría lo decretado por el pueblo, y á nada haría contradiccion. Fingió Mario en el Senado oponerse á esta parte de la ley, diciendo que no juraría, ni creía que jurase, quien estuviere en su juicio: por-

que no siendo la ley perjudicial, era una especie de insulto que al Senado se le hiciese prestarse por fuerza y no por persuasion y propia voluntad. Habló de este modo no porque pensase así, sino por armar á Metelo un lazo del que no pudiese escapar; pues que él por sí, teniendo por virtud y por gracia el contradecirse y el mentir, ningun caso haría de lo que hubiese asegurado en el Senado; pero sabiendo bien que Metelo, hombre entero, tenia á la verdad por el mejor principio de una gran virtud, segun expresion de Pindaro, queria antecogerlo con que se negase á jurar en el Senado, para que cayera despues con el pueblo en una irreconciliable enemistad, como efectivamente sucedió: porque, diciendo Metelo que no juraría, con esto se disolvió el Senado. Mas despues de pocos dias, llamando Saturnino á la tribuna á los senadores, y obligándolos á pronunciar el juramento, pareció Mario; y hecho silencio, fijándose los ojos de todos en él, envió muy noramala todo cuanto varonil y rectamente habia dicho en el Senado, y en vez de ello expresó, que no tenia el cuello bastante ancho para ser el primero que se pronunciasse en negocio de tanta gravedad: así que juraría y obedecería á la ley, si acaso era ley: añadiendo esta sabia precaucion para dar algun color á tamaña desvergüenza. Y el pueblo, celebrando mucho que jurase, palmoteó é hizo aclamaciones; pero en los principales causó la mayor indignacion y odio esta inconsecuencia de Mario. Juraron todos despues en seguida por temor del pueblo hasta llegar á Metelo; pero este, á pesar de que sus amigos le persuadian y rogaban que jurase, y no se atrajese las insufribles penas que Saturnino habia propuesto contra los que no juraran, no se apartó de su propósito. Ni juró, sino que se mantuvo en su severidad de costumbres; y resuelto á sufrir toda clase de males por no ceder á nada que fuese injusto, se retiró de la plaza pública, diciendo á los que le acompañaban, que el hacer una cosa injusta era malo: el hacer lo justo cuando no hay peligro cosa muy común; pero lo propio de un hombre recto y bueno era el hacer lo justo á pesar de todo peligro. En seguida propuso Saturnino que decretasen los cónsules vedar á Metelo el uso del fuego, del agua y del cubierto; y



parecia que lo mas despreciable de la muchedumbre estaba dispuesto á quitarle la vida; pero mostrándose afligidos los principales ciudadanos, y pasando á hablarle, no dió lugar á que por su causa hubiese una sedicion, sino que salió de la ciudad haciendo este juiciosísimo raciocinio: ó las cosas mejorarán, y se arrepentirá el pueblo, en el cual caso volveré llamado; ó permaneceran del mismo modo, y entonces lo mejor es estar fuera. Mas de cuanto aprecio y honor gozó Metelo despues de su destierro, y como pasó su vida en Rodas dado á la filosofia, lo diremos mas oportunamente cuando tratemos de él.

Precisado Mario con estos servicios á disimular en Saturnino que se propasara á toda clase de abusos, no echó de ver que no era un mal pequeño el que causaba, sino tal y tan grande, que por medio de armas y de muertes iba á parar en la tiranía y en el trastorno del gobierno. Y con humillar á los principales y agasajar á la muchedumbre tuvo finalmente que abatirse á un hecho sumamente bajo y vergonzoso, porque habiendo ido á su casa de noche los varones principales á hablarle contra Saturnino, recibió á este por otra puerta sin noticia de aquellos; y tomando por pretexto para con unos y con otros una decomposicion de vientre, ya estaba en una parte ya en otra, como lo que solo consiguió indisponerlos é irritarlos mas entre sí. Y aun todavía pasó mas adelante, porque inquietados y sublevados el Senado y los caballeros, introdujo armas en la plaza; y habiéndolos perseguido hasta el Capitolio, los tomó por sed, cortando los acueductos. Diéronse pues por vendidos, y le enviaron á llamar, entregándosele bajo lo que se llama fe pública; y aunque se desvió por salvarlos, esto no sirvió de nada, porque al bajar á la plaza fueron asesinados. Este suceso le indispuso ya con los poderosos y con el pueblo; por lo que vacando la censura no se atrevió á pedirla á pesar de su grande autoridad; sino que por miedo de la repulsa dió lugar á que otros menos caracterizados que él fuesen elegidos: bien que pretextaba que no queria ganarse por enemigos á muchos, teniendo que notar severamente su vida y sus costumbres.

Hízose decreto para restituir á Metelo del destierro; y él

de palabra y de obra lo impugnó con vehemencia; pero en vano teniendo por último que ceder. Sancionóle pues el pueblo con muy decidida voluntad; y haciéndosele insufrible el presenciar la vuelta de Metelo, se embarcó para la Capadocia y la Galacia, aparentando que era para cumplir á la madre de los Dioses el voto que le habia hecho; pero teniendo en realidad otra cosa para aquel viaje ignorada de los demas; y era que, no habiendo recibido de la naturaleza las dotes de la paz y del gobierno, y debiendo su ensalzamiento á la guerra, como creyese que poco á poco se iban marchitando en el ocio y el reposo su gloria y su poder, se propuso buscar nuevos motivos de desazones y contiendas, porque esperaba que si inquietaba á los reyes, y provocaba y excitaba á la guerra á Mitridates, el mas poderoso y de mas fama, al punto se le nombraria general contra él, y tendria ocasion de adornar la ciudad con nuevos triunfos, y de llenar su casa con los despojos del Ponto y con las riquezas de su Rey. Por esta razon aunque Mitridates le trató con los mayores miramientos y el mayor respeto, no por eso se ablandó ni se mostró apacible, sino que le dijo: O hazte, ó Rey, mas poderoso que los Romanos, ó ejecuta sin rebullir lo que te se mande: dejándole asombrado, no el nombre Romano de que habia oido hablar muchas veces, sino aquel descaro de que entonces por lo primera vez tenia idea.

Vuelto á Roma edificó casa junto á la plaza; ó, como él decia, por no incomodar á sus oydientes teniendo que ir lejos; ó por creer que esta era la causa de ser menos obsequiado con visitas que otros; lo que no era así, sino que no igualándolos ni en el trato ni en las relaciones y usos políticos, como de instrumento de guerra, no se hacia caso de él en la paz. Y lo que es respecto de otros aun llevaba menos mal que se le desatendiese; pero le mortificaba sobre manera la preferencia de Sila, que habia sido fomentado contra él por envidia de los principales; y para quien las diferencias con el mismo Mario habian sido principio de fortuna. Sucedió luego que Boco el Numida, recibido por aliado de los Romanos, colocó en el Capitolio unas victorias portadoras de triunfos, y entre ellas en esfigie de oro á Yugurta, entregado



á Sila por el mismo Foco; y esto sacó á Mario fuera de sí de ira y de soberbia, por cuanto parecia que Sila se atribuía aquel hecho: así se proponía destruir por la fuerza aquellos votos, y por el contrario Sila defenderlos; pero esta contienda, que faltaba muy poco para que saliese al público, la cortó la guerra social, que repentinamente tuvo sobre sí la ciudad. Porque las naciones mas belicosas y de mayor poblacion de la Italia se sublevaron contra Roma, y estuvo en muy poco el que la hiciesen decaer del imperio, no solo fuertes en armas y en varones, sino asistidas de caudillos, que en el valor y en la pericia eran admirables, y competian con los de esta.

Esta guerra, varia en los efectos, y mas varia que ninguna otra en los sucesos, cuanto acrecentó en gloria y en poder á Sila, otro tanto menguó á Mario; porque fue tenido por tarde en el acometer, y nimiamente cuidadoso y menudo en todo; de manera que bien fuese porque la vejez hubiese apagado en él la antigua actividad y ardor, pues pasaba ya entonces de sesenta y cinco años; ó bien porque, como él decia, padeciendo de los nervios, y faltándole la agilidad del cuerpo, por pundonor se hubiese empeñado en aquella guerra á mas de lo que podia. Con todo salio vencedor en una gran batalla con muerte de seis mil enemigos; y nunca dió lugar á estos para que sacasen la menor ventaja; y sin embargo de que le cercaron en sus trincheras, le insultaron y provocaron, no pudieron irritarle; y aun se acuerda que habiéndole dicho Popedio Silon, que era entre ellos el de mayor autoridad y poder: Si eres gran general, ó Mario, baja y pelea; le respondió: Pues tú, si eres gran general, ven y precisame á pelear aunque no quiera. En otra ocasion, habiendo dado los enemigos oportunidad para venir á las manos, como los Romanos hubiesen mostrado terror, luego que unos y otros se retiraron, convocó á junta á los soldados: Y no sé, les dijo, si tendré por mas cobardes á los enemigos ó á vosotros; porque ni aquellos han podido ver vuestra espalda, ni nosotros su colodrillo. Por fin dejó el mando del ejército, imposibilitado á continuar por su debilidad.

Estando ya entonces muy al cabo esta guerra de Italia, ha-

bia muchos que excitados por los demagogos solicitaban la guerra de Mitridates; y para ella fuera de toda esperanza presentó á Mario el tribuno de la plebe Sulpicio, hombre sumamente atrevido, nombrándole general contra Mitridates, con la calidad de procónsul. Mas el pueblo se dividió, tomando unos el partido de Mario, y otros proponiendo á Sila, y diciendo que Mario se fuera á Bayas á tomar baños termales y curarse de sus dolencias, teniendo el cuerpo debilitado, como él decia, con la vejez y con el reuma. Porque tenia Mario allí, cerca de los de Mesina, una magnífica casa con mas comodidades y regalos mujerieles de lo que correspondia á un varon que tales guerras y expediciones habia acabado. Dicese que esta casa la compró Cornelia en sesenta y cinco mil denarios (1); y que de allí á muy poco tiempo la volvió á comprar Lucio Luculo en quinientos mil y doscientos: ¡ tanta fue la celeridad con que se precipitó el lujo! ¡ y tanto el aumento que tuvieron el regalo y la molecie! Mario, queriendo con tanta ansia como impropiedad, disimular la vejez y los achaques, bajaba todos los dias al campo, y ejercitándose con los jóvenes, hacia ostentacion de un cuerpo ágil para las armas y expedito para montar, aunque en realidad con los años su cuerpo por la mole se habia hecho poco manejable, hallándose sobrecargado de gordura y carne. Algunos habia á quienes satisfacía con esto; y bajando asimismo al campo, veian con gusto sus ejercicios y ocupaciones; pero los que mejor lo examinaban, miraban con desdeñosa compasion su avaricia y su soberbia; pues habiendo llegado á ser de pobre muy rico, y de pequeño muy grande, no discernia el término de la felicidad, y ni estaba contento con ser admirado, ni gozaba tranquilo de su dicha presente; sino que como si todo le faltase, sacando de los triunfos y de la gloria una vejez tan adelantada, iba á arrastrarla á la Capadocia y al Ponto Euxino, para combatir con Arquelao y Neoptolemo, satrapas de Mitridates. Las excusas que sobre esto daba Mario eran del todo ridiculas: porque decia ser su ánimo que su hijo á su presencia se ejercitase en la milicia.

Manifestaron estas cosas la oculta enfermedad de que lar-

(1) El denario venia á valer dos reales y medio de nuestra moneda.



go tiempo habia adolecia Roma, habiendo encontrado Mario el instrumento mas á propósito para la ruina comun en la osadía de Sulpicio; el cual, admirando y emulando por lo demas las malas artes de Saturnino, aun ponía la tacha de irresolucion y tardanza á sus disposiciones. Mas él por nada se acobardaba, teniendo para todo á sus órdenes seiscientos hombres de caballería, como si fueran sus guardias, á los que llamaba el *contrasenario*. Marchó pues con armas contra los cónsules á tiempo de hallarse en junta pública; y habiendo podido el uno huir de la plaza, alcanzando á un hijo suyo, le quitó la vida. Sila, huyendo por delante de la casa de Mario, contra todo lo que podia esperarse se entró en ella sin que lo advirtiesen los que le perseguian, que se pasaron de largo; y se dice que habiéndole dado el mismo Mario salida segura por otra puerta, se marchó al ejército; pero el mismo Sila en sus comentarios no dice que se acogió á casa de Mario, sino que fué llevado á ella para deliberar sobre los objetos que Sulpicio le precisaba á decretar contra su voluntad, teniéndole rodeado de gentes con armas desnudas, y arrastrándole á casa de Mario, hasta que pasando de allí á la plaza, con ellos lo deseaban, alzó el entredicho (1). En este estado árbitro ya Sulpicio de todo confirió á Mario el mando; y este, preparándose á salir, envió á dos tribunos á entregarse del ejército de Sila. Mas inflamando Sila á sus soldados, que eran treinta mil infantes y unos cinco mil de caballería, guió para la ciudad. Mario en tanto daba en Roma muerte á muchos de los amigos de Sila, y publicó libertad para los esclavos que se alistasen; pero se dijo que solo se presentaron tres. Hizo alguna resistencia á Sila á su llegada; pero como en breve fuese vencido, huyó. Los que estaban á su lado, apenas salió de la ciudad, se dispersaron siendo de noche; y él se acogió á una de sus quintas llamada Salacia; desde donde envió á su hijo á los campos de Mucio su yerno, que no estaba lejos, á proveerse de lo necesario, y bajando á Ostia, como un amigo suyo llamado Numerio le hubiese aparejado un barco, sin esperar al hijo se embarcó, llevando consigo á Granio su en-

(1) Los dos cónsules habian mandado que nada se hiciese en aquella junta tumultuaria; levantó pues Sila este mandato.

tenado. El jóven, luego que llegó á los campos de Mucio, tomó y previno algunas cosas; pero cogiéndole el dia no pudo ocultarse del todo á los enemigos, pues que se dirigia á aquel sitio gente de á caballo corriendo, sin duda por sospecha. Habiéndolos visto con tiempo el granjero ocultó á Mario en un carro cargado de habas, y unciendo los bueyes se fué hácia los de á caballo, conduciendo á Roma su carro. Llevado de este modo Mario á la casa de su mujer, se hizo de las cosas que necesitaba, y por la noche se encaminó al mar, montó en un barco que pasaba al Africa, é hizo en él esta travesía.

El viejo Mario luego que dió la vela tuvo viento favorable, con el que se puso mas allá de la Italia; pero temiendo á un tal Geminio, persona poderosa en Terracina, que era su enemigo, previno á los marineros se apartasen de aquel puerto. Ellos bien querian complacerle; pero habiéndose levantado viento del mar, que causaba gran marejada, como pareciese que el barco no podia resistir á sus embates, y Mario se hallase sumamente indispuerto con el mareo, tuvieron que acercarse á tierra, y se acercaron no sin dificultad en la playa de Circeo. Como se arreciase la tempestad y les faltasen los víveres, hubieron de saltar en tierra, y se echaron á andar sin mira cierta, experimentando lo que sucede en los grandes apuros, que es huir de lo presente como mas intolerable, y tener la esperanza de lo que no se ve; pues que les era enemiga la tierra, enemigo el mar, terrible el tropezar con hombres, y terrible tambien el no tropezar, estando desprovistos de todo. Por fin ya tarde se encontraron con unos vaqueros, que aun no tenian nada que darles, conociendo á Mario le advirtieron de que era preciso se retirase á toda priesa, porque poco antes se habian aparecido allí muchos hombres de á caballo corriendo en su busca. Constituido con esto en la mayor consternacion, tanto mas que los que le acompañaban estaban ya desfallecidos de hambre, por entonces se desvió del camino, y emboscándose en una selva espesa, allí pasó la noche con el mayor trabajo. Al dia siguiente, estrechado de la necesidad, y queriendo dar algun movimiento á su cuerpo antes que del todo se entor-